



Fidelidad de Cristo. Fidelidad del sacerdote
Carta a todos los diocesanos con ocasión del
Año Sacerdotal 2009-2010

Queridos hermanos y hermanas:

“¡El sacerdote es el amor del Corazón de Jesús!”, decía San Juan María Vianney, cuyo tránsito al cielo vamos a celebrar el día 4 de agosto. Con ese motivo, nuestro querido Papa Benedicto XVI ha promulgado, en su 150 aniversario, un “*Año Sacerdotal*” desde el 19 de junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y Jornada Mundial de Oración por la santificación de los Sacerdotes, hasta esa misma fecha del próximo 2010.

Tantos sacerdotes entregados al ministerio, muchas veces con sacrificios, pero siempre con amor fiel a Jesucristo y a cada uno de vosotros, merecen nuestra admiración y agradecimiento por su trabajo pastoral y el testimonio de vida. Sin duda que amáis a vuestros sacerdotes y deseáis verlos felices, santos, llenos de alegría en su cotidiano quehacer apostólico. Eso es lo que queremos todos.

Son muchos los hermanos que han dejado profunda huella entre nosotros. ¡Cómo no recordar al Siervo de Dios Diego Hernández (1914-1976), y a tantos sacerdotes “mártires” que derramaron su sangre por amor a Cristo, y a todos los que, en su ministerio oculto y sencillo, han sido y siguen siendo “granos fecundos” de santidad!

Modelo y ejemplo para todos, especialmente para los sacerdotes, fue San Juan María Vianney, sacerdote francés (1786-1859), más conocido como el Santo Cura de Ars. Ahondar en la vida de los santos siempre nos anima a vivir en santidad nuestra vida cristiana.

El ejemplo de su vida

Con 17 años dijo el joven Juan María a su madre: “quiero ganar almas para el buen Dios”, y no desistió nunca de este empeño, con todos los medios a su alcance. Se sentía llamado por el Señor a ser sacerdote, con todo lo que esta palabra significa. Después encontró serias dificultades en el camino, que podrían haberle desanimado, pero su fidelidad a la llamada de Dios, su constancia en el trabajo, su perseverante oración y la ayuda cercana de otro sacerdote, hicieron que a los 29 años recibiera, por la imposición de las manos de su Obispo, el Sacramento del Orden.

En sus tres primeros años ejerció como vicario parroquial de Écully. Más tarde, en 1818, fue nombrado párroco de la pequeña aldea de Ars. Su Vicario General le advirtió: “No hay mucho amor a Dios en esa Parroquia, usted lo pondrá”. Esta fue la misión, encomendada y realizada con verdadero empeño: llevar el amor de Dios al corazón de sus feligreses.

Camino de su Parroquia, el joven sacerdote Vianney, perdido entre las colinas francesas, se dirigió a un muchacho del lugar que le orientó hacia la pequeña aldea de Ars. El nuevo Cura le dijo: “Tú me has mostrado el camino de Ars, yo te mostraré el camino del cielo”. Y así procuró hacer con todos sus feligreses. Sabía que su misión era santificarse para ayudar mejor en el camino de la santidad a los demás. Paseando un día alrededor de su pequeña Iglesia, comentaba este párroco rural: “Mi cementerio está lleno de santos”.

A su llegada, Ars era un pueblecito olvidado de la Archidiócesis de Lyon (Francia), actualmente de Belley. Tenía la Parroquia 230 habitantes. “¡Dios mío, rezaba el Santo Cura- concédeme la conversión de mi Parroquia; acepto sufrir lo que queráis y todo el tiempo de mi vida!”.

Con la santidad de su vida y el celo pastoral que le adornaba, el Cura de esta pequeña localidad llegó a ser pronto pastor de centenares de fieles que llegaban de toda la región, de otras partes de Francia y de de otros países. Se habla de 100.000 las personas que pasaron por la Iglesia durante su último año de vida. Lo que las atraía era el presentimiento de encontrar un sacerdote santo. “He visto a Dios en un hombre”, confesaba un abogado de Lyon, que acudió un día a confesarse con él.

El Cura de Ars fue un sacerdote lleno del amor de Dios. Comentaba en cierta ocasión un feligrés que le conoció desde su llegada a Ars: “Predicaba sobre todo del amor de Dios, de la presencia de Nuestro Señor en la Eucaristía, de la inhabitación del Espíritu Santo en el alma. Y cuando hablaba del pecado, lloraba”.

El Párroco Vianney era un convencido de lo que predicaba y vivía: “El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis encontrado la felicidad en este mundo”. Se preocupaba de enseñar el camino de la oración de manera sencilla: “La oración es una amistad dulce, una familiaridad asombrosa... Es una conversación dulce de un niño con su Padre”.

Fue sin embargo, su ejemplo de sacerdote la mejor palabra. Lo veían arrodillado ante el Sagrario, muchas horas en el confesionario, celebrar la Santa Misa con fe, amor y devoción que contagiaba. Y era total su dedicación y su entrega a las necesidades de todos.

Apóstol infatigable, el Cura de Ars estuvo lleno de iniciativas para ganar a la juventud y santificar a las familias, atento siempre a todas las necesidades humanas y cercano, muy cercano a la gente. Uno de sus biógrafos señala: “No se sabe cuánto ha hecho el santo Cura como obra social” en su orfanato, escuelas, atención a los más pobres y a los enfermos, infatigable constructor... Nada se le escapa, en su preocupación y en su entrega.

Le despertaron, en una ocasión, a las once de la noche, para atender a una enferma grave. Pidió que disculpase por haberle molestado. El Santo Cura respondió: “¡Oh, no, esto no es nada, todavía no he dado mi sangre por vosotros!”. Tenía claro que el sacerdote debe estar siempre dispuesto a responder a las necesidades de todos y cada uno”.

Su vida de sencillez evangélica transparentaba el modo de amar de Dios, “Mi secreto –decía- es muy simple: dar todo y no conservar nada”. Su desprendimiento lo impulsaba a atender a los pobres, tratándolos “con verdadera ternura, mucho cuidado, y respeto exquisitos”. Cuando los pobres llamaban a su puerta, él era feliz al decirles, acogiéndolos con bondad: “¡Yo soy pobre como vosotros, soy uno de vosotros!”. Al final de su vida, le gustaba repetir: “estoy contentísimo, no tengo nada y el buen Dios puede llamarme cuando quiera”.

Sacramentos del Perdón y de la Eucaristía

Si en algo destacó el Santo Cura de Ars, fue en su entrega al Sacramento del Perdón y de la Paz y por su amor a la Eucaristía.

Dedicaba –aseguran sus biógrafos- una media de quince horas al día al confesionario. Comenzaba a la una o a las dos de la mañana y no terminaba hasta la noche. “Estaría dispuesto, repetía, a estar 100 años más en la tierra con tal de reconciliar un alma con Dios”.

La conversión de los “pobres pecadores”, era su aspiración nobilísima. El Hermano Athanase cuenta: “Una vez el Santo Cura me dijo: un penitente me ha preguntado por qué lloraba al escuchar su confesión, jloro –le he respondido-, porque no lloras tú!”. En su relación con los penitentes, dicen sus biógrafos, era “todo ternura y misericordia”.

La presencia de Cristo vivo en la Eucaristía y escondido en el Sagrario, era el centro de su vida. “¡Oh, hijos míos!, ¿qué hace nuestro Señor en el sacramento de su amor? Se ha tomado a pecho amarnos. Su corazón rezuma ternura y misericordia capaz de limpiar los pecados del mundo”.

La Santa Misa constituía, en cada jornada, el momento culminante. “Todas las buenas obras juntas no pueden compararse con el sacrificio de la Misa, pues son obras de hombres, mientras que la Santa Misa es obra de Dios”. Por eso, se preocupó de fomentar la comunión; toda la vida de un cristiano debe ser una preparación para este gran momento”. Y luego una acción de gracias prolongada.

Cuentan que un día subió al púlpito a predicar y lo único que brotó de sus labios fue: “Está ahí, está ahí”, mientras señalaba con su mano el Sagrario y de sus ojos corrían lágrimas de emoción. “No hay necesidad de hablar mucho para orar bien –explicaba a sus feligreses-. Saber que el buen Dios está ahí, en el Sagrario; se le abre el corazón y nos alegramos de su presencia. Esta es la mejor oración”.

En otra ocasión, se encontró con Luis Chaffangeon, humilde agricultor, a quien preguntó: “Querido amigo, ¿qué hace usted ahí en silencio delante del Sagrario? Señor Cura –le contestó-, yo miro al buen Dios y él me mira”.

Su amor tierno y filial a la Virgen Madre

¡Cómo amaba el Santo Cura a la Virgen María! Pronto consagró su Parroquia de Ars a la Inmaculada. Poco después, mandó hacer un corazón dorado para colgarlo en la imagen de la Virgen. Dentro de ese corazón quiso que estuvieran, en una cinta blanca, los nombres de sus feligreses. Allí se conservan hoy todavía. “El Corazón de María es tan tierno hacia nosotros -decía San Juan María Vianney- que todas las madres del mundo no son más que un trozo de hielo a su lado”; “en el corazón de María no hay más que misericordia”.

Esta tierna devoción a la Virgen fue creciendo en él con el paso del tiempo. A la edad de cuatro años, su madre le regaló una imagen de madera de la Santísima Virgen, que llevó siempre consigo. Poco antes de morir recordaba: “¡Oh!, cuánto amaba yo aquella imagen. No podía separarme de ella ni de día ni de noche, y no hubiera dormido tranquilo, si no la hubiera tenido a mi lado en la cama... La Santísima Virgen es mi más antiguo afecto; la amaba aun antes de conocerla”.

Aplicación y compromiso

¿Verdad que al conocer la vida del Santo Cura de Ars nace y crece el deseo de tener muchos sacerdotes como él? Con nuestra oración y ayuda nos los concederá el Señor. Recemos más y mejor por las vocaciones.

En este “*Año Sacerdotal*”, convocado para honrar a San Juan María Vianney, el Papa Benedicto XVI concede la indulgencia jubilar a quienes, con prácticas de piedad u obras de misericordia, confiamos en esta ayuda. Os invito, pues, a aprovechar la remisión total (indulgencia plenaria) o parcial de las penas merecidas por nuestros pecados confesados, con la posibilidad de aplicarla a los difuntos que se purifican en el purgatorio. De esta manera nuestra oración y nuestros sacrificios redundarán en la santificación de los sacerdotes y a favor de toda la Iglesia.

- **Indulgencia plenaria:** los días 19 de junio de 2009 y 2010, el 4 de agosto de 2009, y el primer jueves de cada mes, a todos los fieles, realmente arrepentidos que, en una iglesia u oratorio, asistan con devoción a la Santa Misa y ofrezcan por los sacerdotes su oración a Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, y por cualquier obra buena realizada ese día, a condición de que

hayan expiado sus pecados con la penitencia sacramental y eleven oraciones, según la intención del Sumo Pontífice.

- **Indulgencia plenaria**, a los ancianos, a los enfermos y a los que, por motivos legítimos no puedan salir de casa, si con el espíritu desprendido de todo pecado y con la intención de cumplir, en cuanto les sea posible, estas condiciones, desde su casa o donde se encuentren recen en los días determinados oraciones por la santificación de los sacerdotes, y ofrezcan a Dios, por medio de María, Reina de los Apóstoles, sus enfermedades y las molestias de su vida.
- **Indulgencia parcial** a todos los fieles, cada vez que con devoción recen al Sagrado Corazón de Jesús cinco padrenuestros, avemarías y glorias, u otra oración aprobada, para que los sacerdotes fomenten la santidad de su vida.

Vivamos todos con intensidad este “Año Sacerdotal”. Que sea un año de oración de los Sacerdotes, con los Sacerdotes y por los Sacerdotes. Somos importantes y necesarios, no sólo por lo que hacemos, sino por lo que somos: “Cuando veáis al sacerdote, decía San Juan María Vianney-, pensad en Nuestro Señor Jesucristo”.

Y si tú, joven, adolescente o niño, sientes al conocer la vida de este santo sacerdote, la llamada del Señor a dejarlo todo y seguirle de cerca, confía plenamente en Él, no tengas miedo y da el paso. Valientemente, decididamente, fervorosamente.

Que la Virgen María, Madre de la Iglesia y de los Sacerdotes, sea nuestra intercesora ante el Dueño de la mies, para que Él nos conceda sacerdotes santos según su Corazón.

“Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios –era para el Santo Cura- el tesoro más grande que el buen Dios puede entregar a una Parroquia y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina. ¡El sacerdote es algo grande! No se sabrá lo que es, sino en el cielo. Si lo entendiéramos en la tierra, moriría uno, no de espanto, sino de amor”.

“La única felicidad que tenemos en la tierra: Amar a Dios y saber que Él nos ama...”

Con muy sincero afecto, siempre agradecido,

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

Alicante, 4 de junio de 2009

Fiesta de Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote.